



RELATO DESDE EL CORONAVIRUS

SONIA MANZANO

Suelo dar inicio a mis comentarios sobre obras que han logrado impactar en mi sensibilidad de lectora exigente, a partir de un verso o una frase cuya contundencia haya logrado constituirse en ese balazo de partida que precisan mis neuronas para acometer interpretaciones analíticas.

En el caso de Blues para Roberto, obra de la autoría de Aminta Buenaño Rugel, hubo una frase en especial que cumplió con el objetivo anotado, la que decía esto de: “Soy una sobreviviente que no sabe por qué sobrevive”.

La voz narrativa de este blues confiesa que la tabla de salvación que le impidió sucumbir en un mar de angustias existenciales, a causa del deceso imprevisto de Roberto Echeverría, no fue otra que la literatura, a través de la cual logró “exorcizar” el

dolor que desgarraba, como un anzuelo abierto, su garganta, de lo que dan fe los girones de alma que van quedando en las páginas de esta conmovedora obra de la autoría de Aminta Buenaño.

Un Blues para Roberto parece emerger desde la voz de resonancias hondas y sensuales de una cantante de negros espirituales o desde la trompeta de sonidos envueltos en la saliva dorada del legendario Louis Armstrong; por ello, este sacudidor “Relato desde el Coronavirus”, tiene los componentes del género musical anotado, al que fuera tan afecto Roberto Echeverría, así como también este profesó devoción confesa por el jazz, heredero directo del blues, el que llegó a constituirse en “el Padre Nuestro, la señal de la cruz con la que se santiguaba antes de dormir”.

El sujeto inspirador de esta elegía “atípica” —y la llamo así porque junto a los “ayes” de dolor por una muerte no anunciada, también se advierten los cantos celebratorios, de una vida bien vivida—, no es otro que un hombre cuya transparencia era similar a la de “un agua de té”, según acertado símil de esa portentosa generadora de símiles que es Aminta Buenaño.

Con su proverbial fluidez discursiva, Buenaño desplaza su relato entre dos instancias temporales de deliberada alternancia: Un presente, que transcurre entre los dos años de confinamiento obligado al que nos condenó la pandemia coronavírica, y un pasado evocador de su infancia y sus años de juventud.

Después de acontecida la partida insólita de Roberto Echeverría, la voz narrativa verbaliza escenas preñadas de incertidumbre, indignación e impotencia; plañir discursivo que contrasta con las páginas que recrean la infancia, adolescencia y juventud, del héroe de este blues; páginas en las que no dejan de incluirse aquellas que dan cuenta de la larga y armónica unión matrimonial que mantuvo el dúo Echeverría Buenaño.

La baja saturación de oxígeno que acusan los pulmones de Roberto y que finalmente provoca el deceso de este, se homologa con la sensación de asfixia progresiva que sufre la hablante discursiva, la que se instala en su psiquis cuando en esta pisa fuerte “la huella del súcubo de la culpa”, lo que es causa de que el “yo narrador” se paralice en un “modo zombi”, estado de aletargamiento de quien quiere morir en vida para así expiar “la culpa” de tener

que seguir viviendo después de acontecida la defunción de un ser entrañablemente amado.

En los primeros apartados de este sacudidor relato, el yo narrativo se sumerge en un coma auto inducido, como un recurso último que le permita soportar “tanto dolor que se agolpa en su costado”, el que en forma intempestiva interrumpe hasta el lenguaje para inundarlo con interrogantes, imprecaciones al sordo cielo, lamentaciones desgarradoras y más llagas que supuran indignación y tristeza; pero es en este tráfigo de sombras que un girasol amarillo, ofrendado por un hijo bajo el ruego angustioso de “no te mueras mamá”, el que logra rasgar el velo luctuoso que cubre de pesadumbre a la voz narrativa; desgarradura después de la cual esta empieza a plantearse la posibilidad de que quizás después de la muerte pueda que exista otra clase de vida, una factible de ser inseminada en el vientre de la literatura, o una que de pronto deja sentir su presencia en fenómenos paranormales, de esos que la razón convencional no entiende, pero que si son percibidos por sensibilidades agudas, como la que posee Buenaño, quien llega a sentir que el perro que la persiguió en una de sus caminatas por el parque, será el propio Roberto, o que este sigue asomando su rostro a través de las ventanas abiertas de los ojos de un gato, para así demostrar, contra todo pronóstico, que no se ha ido del todo: “¿Podrá penetrar por los ojos ambarinos de Thelonius como si fuera un Dédalo hacia el más allá para llegar al sitio donde él me esperaba?”

Un rasgo marcado de estilo en la relatística de la autora es la utilización constante, del todo funcional, del símil, tropo que ella maneja con soltura para vincular entre sí significados paralelos: “su cabeza caída como un muñeco roto”; “pero él no podía gritar sin defenderse, algo muy gordo, metido como un tronco en la garganta, se lo impedía”.

Otro fuerte rasgo de estilo en la poética narrativa de Buenaño, es su capacidad para describir con precisión detallista no solo a los personajes protagónicos de sus blues, de los cuales hace verdaderos “retratos hablados”, sino también en la implementación de los escenarios o locaciones en los que tienen lugar las representaciones de las varias escenas que conforman esta biografía novelada, alcanzando este poder descriptivo un nivel de excelencia mayúscula cuando la autora vuelve sus ojos hacia sus paisajes interiores, ergo,

hacia su subjetividad secreta, la que saca a flor de lenguaje tanto acuarelas sombrías, cuyos contornos se diluyen mojados por llantos incontenibles, cuanto acuarelas ya nimbadadas por una luz esperanzadora, la que empieza a vislumbrarse a partir de que el yo narrativo se entera de la noticia de que el inmenso vacío que dejó Roberto, el día en que bajó las escaleras de su casa para ya nunca más volver a subirlas, de alguna manera será llenado con el próximo arribo de un nuevo ser al seno del hogar tan flagelado por el Covid.

Enquistada como una historia dentro de otra historia mayor de este Blues, brilla con amenidad deleitosa la saga de la familia Echeverría, la que inevitablemente remite al lector acucioso, a la saga de los Buendía, la de los Cien años de soledad de García Márquez.

Haciendo cuentas volanderas, cerca de una centuria abarca el recuento que de la familia paterna de Roberto, hace la narradora, el que abarca cinco generaciones, partiendo desde el patriarca José Echeverría, pedagogo ultra-conservador, amante de los libros; pasando por Arturo, el padre del héroe de este blues: Roberto Echeverría, nada menos que el tercero en esta línea dinástica a quien evoca con admiración y ternura la voz narrativa; después del cual salta a escena Juan Manuel, el unigénito engendrado por dos seres tan afines y a la vez tan diferentes, unidos por una misma posición ante el arte y la vida. Después del cuarto de los Echeverría, como una revancha contundente que se toma la vida frente a la muerte, empieza a latir con levedad de poema, con aleteo de pájaro celeste, el corazón del quinto de los Echeverría, el niño que no pudo acunar en sus brazos el abuelo que se fue antes de tiempo, pero el que conocerá, de boca de su abuela: “de dónde, de qué tan humano árbol procede; para que las alas de la memoria te dibujen un abuelo cercano, real”.

He aquí un libro hermosamente escrito, cuya esencia conmovedoramente humana está llamada a arrancar sollozos y sonrisas de sus potenciales lectores. Un libro que rompe las cadenas del dolor para elevarse al éter, llevando entre sus páginas un canto de vida y esperanza.

